GENTE PAISAJOSA

TEDIUM VITAE

EDITORIAL

GENTE PAISAJOSA

CARLOS ENRIGUE

Colección: APUNTES

Primera edición, 2025

Copyright © 2024 Carlos Enrigue

D.R. © 2024 Everness S.A. de C.V.
Av. Hidalgo 1769, Ladrón de Guevara, C.P. 44600
Guadalajara, Jalisco, México
www.tediumvitae.com

Diseño editorial: *Estudio Tangente, S.C.*
Corrección y cuidado de edición: *Fanny Enrigue*
Prólogo: *Carlos Enrigue*
Diseño de portada: *Maricris Herrera, Mirelle Rodríguez | Estudio Herrera*

ISBN: 978-607-99402-5-6

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio material o electrónico sea o no con fines de lucro, sin la autorización escrita del titular del *Copyright.*

Hecho en México / *Made in Mexico*

ÍNDICE

9/PRÓLOGO por Carlos Enrigue

11/Historias verdaderas

21/El Tiradas

24/Un gran médico

26/Sucesores del alcalde

32/Burdeles de pueblo

36/Recuerdos de un señorón

38/Virtudes

40/El Hawking mexicano

44/El chocolate de doña Balbinita

47/Don Evaristo

54/Vida en Nueva York

68/La ensaladilla

72/Nuevos rumbos

77/Chiquita, la prima rica

79/Algunos sitios de alabar a Dios

91/Ley seca

93/El tío Tolito

119/Fiestas temáticas

121/Al fin las vacaciones

126/Propósitos dietéticos

130/Sixto

132/Complicaciones vitales

134/El tío Félix

151/Tazas de café

PRÓLOGO

Por nuestro rumbo ha habido desde siempre gente muy paisajosa y hay miles de historias que muchos sabemos y que considero no deben perderse, por la única razón de que a mí me divierten y que espero gusten a mi contertulio hipotético.

He tratado, hasta donde me acuerdo, de narrar quién me las contó o cómo me enteré de ellas, desde luego autorizado tácitamente por ellos o ignorándolos cuando no desearon ser mencionados. A final de cuentas es un ejercicio de ser bobo y querer enterarse de particularidades de otros y guardarlo en la memoria, porque muchas de estas pasaron —si es que existieron— hace mucho, cuando se dice que amarraban a los perros con chorizo y todos eran gente decente.

De esos tiempos hay un vestigio que me consta y ante su falta de explicación, consigno, por amor a la verdad.

CARLOS ENRIGUE

HISTORIAS VERDADERAS

No cabe duda de que una de las fuentes de la historia que parecen tener más credibilidad son aquellas que constan por escrito y de estos documentos los más valiosos son aquellos que están registrados en archivos creados ex profeso para guardar verdades históricas. Esto que les contaré es real y figura en documentos aparecidos y guardados en el Real y Pontificio Archivo de Instrumentos Trascendentes del Centro de Investigaciones Humanas y Extrahumanas de la Cantina "Me estoy riendo", de una conocida capital del sur del estado.

Pudimos observar que un 18 de febrero de 1744 entró en la risueña población de La Resolana un sujeto que decía llamarse Taurino Enrigue (lo que debe haber sido cierto porque nadie se iba a inventar un nombre como ese, ni un apellido tan complicado como Enrigue). Y llamó la atención porque entró a la localidad sentado al revés en los lomos de un macho prieto —no que el macho viniera sobre él, sino que él venía arriba de la bestia, pero volteando para atrás, lo que no deja de ser curioso—, sin que él ni nadie dirigiera al animal ni el burro a él.

Como en todo documento que se precie, este tiene una inconsistencia, ya que no se establece el punto de llegada, pues la tradición familiar sostiene que el semoviente se detuvo enfrente de la cantina, lo que es y ha sido una constante, y el

documento analizado establece que el animal (el burro) se siguió de largo y se detuvo frente a la casa de mi antecesora, de la que dicen era bastante poco agraciada, pero muy potente en materia de centavos —esto es, que estaba bastante contentita—, con la que terminó casándose. Pero haya sido como haya sido, la historia sigue igual, ya que resulta innegable que terminó en la cantina, pues de la casa de la galana iría ya más tranquilo a ese sitio, que por lo general suele ser el centro neurálgico de cualquier población que se respete.

De alguna manera, este sujeto, casado con rica —que además era hija única—, lo cual pasa hasta en las mejores familias, vamos, hasta en las casas presidenciales sucede que algún hijo contraiga nupcias con alguna señora que al parecer tiene recursos económicos, lo que no deja de ser cuando menos bastante cómodo.

El hecho es que don Taurino no volvió a dar golpe en la vida, como suele suceder a personas casadas con gente pudiente, pero provoca muchas envidias entre aquellos que tienen que salir diariamente a ganarse la vida, pero el beneficiado vivía en un estado de bienestar —porque no es lo mismo que te digan "dame para el pan" que "toma para el pan"—, el hecho es que los favorecidos con esa situación, después de enjabonarse por la mañana ya acabaron con sus obligaciones vitales, lo que produce que vivan en un estado muy relajado.

Hasta ahora nadie se ha explicado cómo don Taurino —que ese era el nombre de mi antepasado— fue a dar a La Resolana, lo que fue ciertamente extraño, porque aquello, aunque paradisiaco, queda retirado y en ese entonces no era fácil llegar ahí, como no es fácil llegar ahora, salvo que a usted le parezca sencillo recorrer 40 kilómetros de distancia con 3,812 curvas. Pero se lo explicaba porque el sujeto era experto en sagradas escrituras, donde leyó que el paraíso terrenal se ubicaba entre el Tigris y el Éufrates que, según su propia traducción del arameo a nuestro castellano, quería decir que quedaba entre los ríos Tamazula y Purificación, y esta villa cumplía el requisito.

Lo que sí nadie pudo aclarar fue por qué iba montado en el burro volteando para atrás, aunque los más hocicones han afirmado que era para ver si lo iban siguiendo y tomar precauciones al respecto; aunque otra teoría, también sin comprobar, es que el sujeto era exótico y simplemente quería llamar la atención para que le preguntaran e iniciar plática.

Pero todas esas dudas se plantean únicamente para hablar de mi antepasado y como no hay seguridad, porque resulta intrascendente todo lo que se diga de él, pues todo vale. Otra duda es dónde quiso pararse el burro: se ha discutido, a falta de mejor tema, según afirman algunos, que la primera parada fue en la cantina del pueblo, para tomarse unos tuxca que ahí vendían porque el dueño era de Tuxcacuesco y él lo importaba;

la otra versión era que se siguió derecho y fue a dar a casa de mi tátara tátara abuela, que ahí vivía y que tenía fama de que estaba bastante federica y por eso no había tenido hasta ese día ningún pretendiente. Aunque en su favor hay muchos que sostienen con certeza que si bien estaba fea tenía una letra palmer maravillosa, pero además hay que decir que su familia era de pudientes y que ella era hija única, lo que le daba un *plus* especial para mi pariente, que no era interesado, aunque sí fijado en esos pequeños detalles.

Pero no paran ahí las singularidades del sujeto, que además de tener ese nombre tan horrible también era gangoso, lo que en una sociedad poco evolucionada como era aquella significa que todos se burlaron de él sin la menor consideración, porque se apellidaba Enrique, lo que pronunciado en gangoso resulta el origen de nuestro apellido, Enrigue; pues nadie me va a venir a decir que él mismo se puso un nombre tan feo como es Taurino e inventó un apellido tan complicado como el mío. Lo más probable es que los dos hechos sean verdad y que el burro se paró en la cantina, ahí se echó unos farolazos, se embriagó y al salir llegó a casa de mi parienta y se casó con ella.

Pues se celebró, con la pompa debida, el matrimonio en el que mi antecesora puso el capital y don Taurino el interés, lo que fue criticado por varios, porque hay mucha gente criticona y metiche, y él siempre alegó que se había casado no por eso,

lo que consideraba como circunstancial, sino porque el destino en forma de burro así lo había determinado y a lo que por suerte se decide simplemente te toca, por tanto, lo que la fortuna dicta simplemente se vive y no se le alega.

Hasta donde cabe fue un matrimonio estable, hasta donde puede ser estable una pareja en la que uno de sus miembros manda y el otro, en consecuencia, obedece, lo que sucede siempre si el que manda no deja de mandar y el que obedece no deja de obedecer, lo que al parecer así ocurrió, ya que mi antecesor solía decir con frecuencia que en esta vida era mucho mejor que te dijeran: "toma, ve por el pan" y te dieran con qué comprarlo, a que te ordenaran: "dame para el pan". Alegó siempre que no trabajaba porque había quedado traumatizado por un naufragio, lo que nunca superó y al parecer le fue creído a pie juntillas por la señora, el hecho innegable es que en toda la vida matrimonial mi pariente no llevó a su casa más que una gripe.

Dada la convivencia marital, procrearon media docena de hijos varones y dos chicas, según se refleja y quedó anotado en las listas del censo de 1772. Según se contaba en la familia, los jóvenes eran grandotes y bien dados, es más, si en aquel tiempo hubiera habido gimnasios ellos hubieran sido clientes, pero no parecía haber explicación alguna para ello y era cosa notable en la población que estos jóvenes rara vez se dejaban ver durante el día, pero las malas lenguas —que por lo general

son exactísimas en sus afirmaciones— decían que por las noches el grupachón de críos se dedicaba a recorrer los lienzos de piedra —porque en aquel tiempo no había cercas de alambre, lo que hubiera sido más fácil, pero no—, se ocupaban en mover cercas de piedra para ampliar las posesiones familiares denominadas como "El corral de piedra" y con ello se ejercitaban y, créame, mover piedras vaya que eso sí es ejercicio y de ahí que estuvieran tan bien dados.

Las chicas eran, conforme a sus tiempos, muy modositas y muy de su casa, lo que les permitió casarse —cosa que en aquella época era muy importante— con dos muchachos de familias conocidas de la población, aprobados ampliamente por su señora madre e ignorados por el autor de sus días, lo que sus hijas consideraban que eran celos paternos para con ellas, aunque mi pariente negaba enfáticamente que fuera celoso, lo que sí reconocía es que era asqueroso y por eso los ignoraba.

Pues un buen día del mes de febrero, don Taurino amaneció sintiéndose no sé cómo, lo cual era incómodo y lo que algunos vecinos, criticones como suelen ser, dijeron que simplemente amaneció con ganas de ir a trabajar, lo que nunca le había pasado y se juró a sí mismo que si esa era la incomodidad, nunca quería volverla a sentir. Pero quería llamar la atención y hay que decir que el sujeto era para su familia más incómodo que una mesa en un pasillo angosto; lo trataron de entusiasmar

con que no se aguantara las ganas y trabajara, lo que fue inútil, puesto que él insistía en el trauma del naufragio, que no podía superar.

Así, mutó el deseo de trabajar por el de viajar y como era tan estorboso, la señora estuvo de acuerdo en que se lanzara a la aventura, todo con tal de que no estorbara; desde luego que argumentó no viajar porque no tenía dinero para hacerlo y mi parienta, nada tonta, con tal de deshacerse del bulto le preguntó cuánto necesitaba y cuando lo supo le dijo que no tenía problema, que ella se lo daría y hasta le dio de más con tal de que se fuera.

Así partió Taurino a lo que se pensó sería como una vuelta al mundo, el hecho es que si fue una circunvalación nadie supo a dónde ni por dónde fue a su viaje porque jamás escribió, ni una tarjeta postal mandó. Y fuera de que nadie lo extrañó ni a nadie le hizo falta durante los dos años que estuvo ausente, cuando llegó, lo hicieron festejar que había sido padre de una bella niña, lo que por el tiempo que estuvo fuera lo hizo dudar de su paternidad, pero su mujer lo convenció de que él era tan fuerte que la había dejado embarazada para buen rato y eso le dio mucho gusto, aceptando desde entonces a la niña como propia.

Mi pariente, por su parte, sostenía que es muy difícil no hacer nada, que se requiere gran voluntad y mucha habilidad para tener éxito en la función, ya que lo usual es que todo mundo,

sin experimentarlo, cree que es sencillo, pero que esto es un concepto erróneo que se deriva de nunca haberlo intentado y que solo quien lo ha vivido sabe lo difícil que es y consideraba un verdadero éxito a quien lo logra, y sí, porque fácil no es.

Taurino falleció, ya muy viejo —aunque estaba muy entero porque podemos asegurar que durante su existencia no se degastó—, no sin antes preciarse de que gracias a los trabajos nocturnos de sus hijos las propiedades de su mujer habían crecido, lo que era cierto, pero él se adjudicaba el éxito porque a él se le había ocurrido la ampliación; la señora, por temor a que se fuera a salir, lo puso en una tumba muy doble y muy reforzada.

Como ya lo narré, murió don Taurino, porque hasta a él que puso tan poco empeño en morirse, le tocó, como a todos nos tocará algún día. Como era tan perezoso, llegó a pensar que estando tan lejos no sería así, porque, se quiera creer o no, la muerte también llega a La Resolana, aunque para todos los demás efectos sea parecido al paraíso terrenal, no lo es, por fortuna, para evitar el dominio de la huesuda, que llega a todas partes.

Lo único fue que mi parienta, hoy su viuda, mandó hacer la tumba tan doble y tan reforzada, que doscientos setenta y cinco años después sigue como nueva, siendo la construcción más antigua de la población que ha sobrevivido y si por algu-

na extraña coincidencia llegase a esa localidad alguna visita turística, estoy seguro que la cantina y la tumba serían los lugares más visitados: la primera porque en ese sitio se sigue importando uno de los más destacados tuxcas, que se suele beber acompañado de cacahuates con cáscara, lo que por sí solo lo hace lo más parecido que hay a un paraíso. Aunque es difícil elegir, dado que el lugar tiene muchos atractivos: por mencionar uno, dígame si conoce otro donde se ensillen y monten toros bravos, no de casta, pero bravos sí son. Con lo que no contó la esposa es que, siendo tan holgazán, no iba ni a moverse ni a intentar salirse.

Le cumplieron al fallecido sus gustos particulares acerca de los ritos funerarios, ya que sabiendo, como él sabía, que nadie lo iba a llorar, contrataron a unas plañideras para que durante el velorio, que entonces todavía se usaba, lloraran toda la noche, por lo que se vio muy sentido. Esa fue una de las pocas veces que los forzudos hijos aparecieron en público y si bien no derramaron una lágrima, lucieron el palmito, tanto así que dos de ellos consiguieron en el evento dos chicas con las que después se casaron, pero esa es ya otra historia.

Lo que no pudo lograr fue que su mujer e hijas se pusieran de luto riguroso, pues hay que entender que en agosto en La Resolana cuando hace cuarenta grados a la sombra los de ahí se cubren, así que el sector femenino se rebeló y lo mandaron

a lucas en ese tema, como debe ser cuando uno deja a su muerte órdenes engorrosas. Si bien es tradición de la familia que toda mujer por aguantarnos merece unos cinco años de viudez, porque yo no sé qué tan de acuerdo puedan estar mis solitarios lectores del género masculino, pero la mayoría de chicas que me hacen el honor de leerme —que aunque muchos no creen que existan yo tengo el privilegio de saber que sí existen y lo agradezco públicamente—, estará de acuerdo conmigo.

Y hasta aquí han llegado mis investigaciones genealógicas y no quiero seguir buscando porque quién sabe qué me encuentre si sigo curioseando sobre este tema.